

SER JOVEN EN VENEZUELA

El Año Internacional de la Juventud se ha iniciado en nuestro país con un encuentro sin precedentes. Treinta y seis mil jóvenes, pertenecientes a grupos cristianos, colmaban las tribunas, las gradas y la grama del estadión olímpico de Caracas y varios miles se apiñaban afuera buscando participar de algún modo de la música y los mensajes que se desbordaban de su recinto y sobre todo tratando de ver, más aún, de "conectarse" con el Papa, que era el centro de la reunión.

Fue un acto excepcional y como tal ha recibido el comentario entusiasta de los diversos sectores nacionales. Citaremos dos artículos que nos parecen representativos: Mons. Ovidio Pérez Morales lo analizó desde el punto de vista del aporte del Papa a los jóvenes (El Nacional 3-2-85) y el seminarista Numa Rivero se refirió a él desde la perspectiva de los organizadores (La Religión 3-2-85). Nosotros abordaremos los discursos del Papa en un artículo aparte y queremos enfocar ahora a los propios jóvenes. Nos preguntamos qué nos enseñó acerca de la juventud venezolana este acto del estadión. Qué descubrimos de nuestros jóvenes al participar de él.

En primer lugar, a través del acto tuvimos contacto con quienes lo organizaron. Porque, si bien no era joven quien tuvo la última responsabilidad, sí lo fueron quienes hicieron posible el acto, tanto en su aspecto material como en sus contenidos. Fueron jóvenes quienes de común acuerdo seleccionaron las catorce canciones y las dos oraciones que componían el programa. Ellos eligieron a los grupos que actuaron, tanto en el acto previo como frente al Papa. Ellos compusieron los cuatro vibrantes mensajes (que incluimos en la sección de documentos) y decidieron quienes los leerían. Y finalmente ellos se encargaron de la distribución del público y del orden del acto.

La conclusión que sacamos es que esos grupos de jóvenes tienen una visión lúcida de la realidad nacional, la afrontan desde una postura radicalmente evangélica, poseen valentía para llamar las cosas por su nombre y han demostrado capacidad de organización. Sus mensajes nos suenan un poco esquemáticos y rotundos; pero a nosotros, mellados tantas veces por la edad y los compromisos, nos han confortado. Nos han emocionado. Porque sentimos vivamente lo que el Papa citó a los obispos, aplicándolo a nuestro país: "La palabra del Señor era rara en aquel tiempo y no abundaba la profecía" (1, Sam 3,1). Las palabras que dirigieron al Papa, experienciales, autocríticas, esperanzadas no por evasión o masaje sentimental sino desde la propia impotencia sentida ("no somos fuerza que transforma") nos parecen merecedoras de que todos nosotros les demos una respuesta real. Los cantos que eligieron los hacemos nuestros porque ellos expresaron lo más puro y profundo de nuestra fe. El encuentro con esta juventud nos ha dejado contentos y deseando ahondar nuestro compromiso con ella porque, además de lo que podamos aportar, la necesitamos para

no desmayar en nuestro camino.

En segundo lugar, a través del acto tuvimos contacto con quienes participaron en él. Según apreciamos, abundaban mucho más los adolescentes que los jóvenes y esto hay que tomarlo en cuenta a la hora de juzgar sus reacciones. También hay que anotar, como explicación de algunas que hubo zonas del estadión a las que no llegaban los altavoces: esos muchachos no oyeron nada. También se ha referido la prensa a la desmesura de un locutor que crispó los ánimos y no contribuyó precisamente a crear un clima de escucha y reflexión.

Los muchachos cantaron: "Ahora que nos encontramos no vamos a hacer sólo una fiesta, ahora que estamos reunidos vamos a hacer algo más". Nosotros pensamos que le hicieron una fiesta al Papa. Nada menos, pero también nada más. Nada menos, porque fue un fiestón. No sólo por las dimensiones sino también por el desborde y por la canalización de ese entusiasmo en torno al motivo de la celebración. Hubo ante todo unanimidad. Y esto fue muy grande y debe ser altamente valorado. No hubo anarquía. La espontaneidad buscaba el encuentro. Hubo muchos momentos en que el estadión era un solo cuerpo y no como metáfora sino como realidad. Era un único gesto, un solo latido. Los muchachos, regularmente solitarios y desamparados, los muchachos, cercados por calles y muros, acosados por carros, prohibiciones, peligros y soledades, se encontraron en torno a un símbolo de vida y esperanza y sobre todo se encontraron. Y empezaron a ensayarse a experimentarse, a expresarse; y el gozo que les daba cada respuesta los llevaba a ensayar una nueva propuesta. Los muchachos descubrieron una nueva dimensión de su corporalidad y de su sensibilidad. Y esa nueva dimensión no tenía que ver con experiencias traumatizantes. Se daba en un ámbito abierto, era limpia, e incluso sagrada. Esa experiencia fue la que le agradecieron al Papa, la que le ofrecieron al Papa. Y por eso le dijeron que sí a todo lo que les propuso. De corazón. Sin pensar demasiado, de corazón. Eso fue todo, nada menos, pero también nada más. Una experiencia tonificante. Pero que también nos asustó.

Porque no vimos la cabeza de ese gran cuerpo. Vimos su corazón. Pero cuando se pedía escucha, reflexión, oración no percibimos que hubiera eco. Tal vez dependió de quienes animaban. Pero no sólo de ellos. Nosotros vimos cómo se sienten los muchachos a ellos mismos, pero no supimos cómo se sienten a la realidad, a Cristo ni a la Iglesia. ¿Es que no supimos ver? ¿O es que tampoco ellos lo saben? Pensamos que la respuesta puede estar en ambas respuestas. Y concluimos que por aquí puede ir una gran tarea en este Año Internacional de la Juventud. Una gran tarea para los jóvenes que organizaron el acto, para los muchachos del país y para todos los venezolanos preocupados.